

SIMULACROS URBANOS EN AMERICA LATINA: LAS CIUDADES DEL CIAM

Alberto Sato

LAS Ciudades Universitarias, realizadas en casi todos los países del continente Latinoamericano durante los años siguientes a la segunda posguerra, revelan intenciones urbanísticas que trascienden el nivel de la satisfacción de una necesidad física universitaria. En estos proyectos se hace presente el simulacro. En efecto, impregnados de la ideología urbanística de los CIAM, los artífices de estas ciudadelas autónomas experimentaron sin mayores obstáculos la puesta en escena del programa funcionalista y, a diferencia de los planes intentados en la transformación de las realidades urbanas, la Universidad fue una puesta en escena, real y aprehensible, del modelo genérico.

El carácter utópico de aquellos se disuelve frente al valor sustitutivo del *Campus*, porque estas ciudadelas no actúan en el interior del cuerpo urbano, sino que son observadas y señaladas con extrañamiento, son ajenas a sus conflictos y tienen funcionamiento real. Hoy constituyen testimonios transparentes de la operación funcionalista de la urbanística de los CIAM.

Realidades

Las ciudades latinoamericanas fundadas por la civilización europea durante el período colonial

fueron conformadas por un sistema geométrico ortogonal y abierto, sin otra jerarquía que la localización de un núcleo generador señalado en la conocida normativa filipina¹. El damero resultante de esta operación ha sido la base física de su crecimiento y ha permitido, en su indiferencia jerárquica, una expansión uniforme de la mancha urbana sólo limitada por las condiciones geográficas del sitio. Dicha geometría tiene poco que ver con el significado del espacio urbano, en tanto que es una abstracción geométrica, pero ha determinado una forma de ocupación del suelo. Sin embargo, estos trazados no tenían esta única procedencia; en efecto, los asentamientos prehispánicos de la cultura andina y del territorio mexicano también presentan disposiciones ortogonales cuadrículares². Ciudades como Cholula, en México, habían sido re-fundadas sobre una taza preexistente de notable regularidad ortogonal.

De esta manera, sea por las razones señaladas, o bien por motivos que se albergan en tradiciones fundacionales originarias de la cultura occidental, o por simplificaciones funcionales, las ciudades latinoamericanas nacieron, en su mayoría, con dicha disposición y no han modificado sustancialmente su geometría hasta ya avanzado el siglo XIX.

Los planes de transformación urbana que siguieron por la acción de intervenciones modernizadoras desde mediados del siglo pasado, ocurrieron en el interior del cuerpo urbano preexistente, intentando alterar su propia condición física. En efecto, los ensanches haussmanianos de las ciudades, con la apertura de avenidas, diagonales, bulevares, parques y plazas, llagaron el sistema ortogonal con el propósito de lograr su transformación. Las arterias ceremoniales derivadas de la axialidad académica, dedicadas al culto de arquitectura civil y republicana, y especialmente los itinerarios del ocio y del consumo, junto con la instalación de nuevos programas y nuevos servicios metropolitanos, lograron una primera transformación del sistema urbano en las ciudades latinoamericanas. Una de las consecuencias de esta operación ilustrada ha sido la segregación de amplios sectores de la sociedad: los obreros y la pobreza ocuparon definitivamente las fronteras de aquellos espacios rituales de la burguesía.

La utopía

La aspiración de aquello que «podría llegar a ser»³, ha recorrido el continente de modo paralelo a las transformaciones que derivaban de un ajuste al orden de la sociedad latinoamericana dentro del sistema mundial⁴. Desde el territorio canadiense hasta la Patagonia, y desde mediados del siglo XIX hasta ya avanzado nuestro siglo, las utopías expresadas en formas de convivencia social, en métodos de trabajo comunitario y, especialmente, en ámbitos físicos para formas de vida sustraídas de la explotación capitalista, encontraron en el continente americano un *locus* apropiado y acompañaron a la esperanza de las grandes corrientes inmi-

gratorias europeas, deseosas de encontrar en estas tierras, aparentemente vírgenes, la isla de Amauroto, un nuevo *topos*, un nuevo mundo que América parecía ofrecer.

De esta manera, el sueño de la conciliación social había recorrido el continente como resultado de la expansión industrial europea. Desde la estructura comunal de la Sociedad Amana, la New Harmony de Robert Owen, en Indiana, hasta los falangistas de Fourier, la utopía ha intentado la realización de un mundo de justicias y armonías que el viejo continente negaba⁵. Con el pensamiento precursor de Flora Tristán en el Perú; Albert Kinsey Owen en Sanaloa, México; Giovanni Rossi(a) Cardias, en Paraná, Brasil, Latinoamérica se sumaba a los ensayos derivados del socialismo utópico, de la mano de los intelectuales europeos trasladados al continente.

En definitiva, nuestras ciudades fueron sometidas al juego de sus opuestos, con las realidades de la transformación haussmaniana por una parte, y las utopías de los modelos sociales por la otra, como resultado de su incorporación a la civilización contemporánea: la Barbarie fue acorralada desde el realismo capitalista, pero también desde la moral utópica.

La utopía de las vanguardias arquitectónicas

La ciudad moderna, convertida por las vanguardias históricas en máquinas sociales, como ámbito de convergencia de la producción en cadena, del tipo habitacional y del hombre metropolitano, se sustrajo a las realidades urbanas, sólo reconciliables en el doble rol del arquitecto y político en el poder. Para enfrentarse a los problemas inmediatos de las ciuda-

des, habría que controlar la renta del suelo, la asignación de usos, los mecanismos financieros, la industria y la movilización de la población y sus aspiraciones, que no habían sido desveladas, sino, más bien, proyectadas. La imposibilidad de esta tarea, a la cual se agregaba el deseo de recuperación del «aura» benjaminiana, frente a la dura conclusión de la pérdida de cualidades de la lógica productiva, revelan el carácter doblemente utópico de las vanguardias centroeuropeas⁶.

La intervención de Le Corbusier en el discurso de las vanguardias rompió el cerco autodestructivo de la cultura centroeuropea. En efecto, el programa de 1922 de una ciudad contemporánea para tres millones de habitantes concibe la ciudad como una unidad, no ya indeterminada y por adición, sino con jerarquías y tipos que posteriormente, desde su viaje por Sudamérica, adquirió rasgos más específicos, con la incorporación de las condiciones del paisaje, sometiendo a prueba el modelo genérico dentro de condiciones específicas.

A partir del IV Congreso del CIAM, el problema de la ciudad se abordó desde su preexistencia con el diagnóstico de 33 ciudades. La imposibilidad de confrontar los problemas reales de las ciudades con los instrumentos que se habían elaborado hasta ese momento, condujo a un silencio improductivo y puso de manifiesto una crisis: la Arquitectura de las vanguardias eran ajenas a la realidad urbana. La Carta de Atenas, publicada en 1941, ofreció una alternativa conciliadora entre la persistencia de la célula «como punto de partida para cualquier valoración» y la funcionalización de las actividades resumidas en sus cuatro puntos, con «escalas humanas» y

«necesidades sociológicas... y los valores espirituales».

La irrupción del Movimiento Moderno en el plano urbanístico, intentando enfrentarse al caos, es decir, una llamada al orden, ha generado modelos acerca de cómo «desean» vivir los habitantes, pero se carecía del dato acerca de cómo «viven»⁷.

La ciudad funcional

Los modelos propuestos de la ciudad funcional de los CIAM no se habían sustraído de la utopía de las vanguardias. Pese a las preocupaciones de orden sociológico, psicológico e histórico, la complejidad urbana había sido simplificada en la sectorización de las actividades humanas. La ciudad funcional, moderna, cuyos principios se habían formulado en La Carta de Atenas, buscaron caminos de realización en un territorio que permitiera sustraerse de las condiciones históricas, la rigidez de las autoridades y los circuitos económicos. El segundo paso de la utopía fue el encuentro de un territorio apropiado para la realización de sus deseos, y el continente latinoamericano se abrió generoso a la experimentación: los proyectos de Colombia (Bogotá y Cali, 1949-53), Brasil (Cidade dos Motores, 1945-47), Perú (Lima y Chimbote, 1947-48), como así también Venezuela (Puerto Ordaz, 1956) fueron expresión de una voluntad modernizadora, a la vez que indicaba la permeabilidad continental frente a la nueva cultura arquitectónica y urbanística. Sin embargo, el proyecto, desarrollado como totalidad, no pudo conciliar las complejas realidades de la ciudad preexistente y la cultura de sus habitantes, que se presentaban como obstáculos, como dificulta-

des que sólo una operación radical podría resolver. Dichas dificultades no se diferenciaban demasiado de las que dominaban el escenario europeo, y la ilusión de «esta tierra de gracia» demostró, con amargura, que el continente estaba poblado de una raza humana con la misma capacidad de incomprensión que el resto del mundo. De hecho, frente a tanta «incomprensión», no restaba más que suponer la imposibilidad del proyecto⁸.

Para llevar a cabo el programa racionalista, el territorio debía aislarse de preexistencias físicas y de complicadas superposiciones de estructura; el habitante debía ser un nuevo ciudadano, culto y sensible, capaz de ubicarse en el universo teórico de un orden newtoniano. En efecto, el caos no podía entrar en la ecuación urbana, mucho menos resolverse con la operación racionalista. Oponer la razón funcionalista al caos, a la dinámica del desorden, a las actividades urbanas, es decir, la polifuncionalidad simultánea, la multiplicidad y la impredecibilidad, era retornar al universo de la utopía. Los arquitectos y urbanistas modernos no podían, con un modelo físico y formal, resolver semejante ecuación. Los arquitectos latinoamericanos, con la fe depositada en el programa racionalista, no cesaron en sus esfuerzos de organizar la ciudad contemporánea: en efecto, los conjuntos de bloques y superbloques obreros que jalonan el continente, desde México hasta la Argentina, constituyen ejemplos de dicha insistencia.

Sin embargo, la realización de Ciudades Universitarias coloca en escena a la urbanística de los CIAM dentro de una dimensión que trasciende el plano de las utopías y sus irremediables fracasos. Una especial circunstancia

histórica latinoamericana ha creado condiciones específicas para el desarrollo del modelo urbano racionalista: la modernización del sistema universitario que transformará su tradición humanista a cambio del protagonismo de la ciudad y la tecnología, adecuándose a las nuevas directrices del progreso y de los nuevos roles asignados a la sociedad latinoamericana. Para estos fines, las estructuras físicas de las universidades tradicionales, cuyas dependencias se mezclaban con el tejido de las ciudades, se mostraban ineficientes y obsoletas. De esta manera, el recinto consagrado a la formación de los nuevos dirigentes de una sociedad moderna encontró en la tradición anglosajona del *Campus* un modelo apropiado.

Conforme a la situación de atraso del continente, el programa universitario no concluye sus objetivos con la realización de un recinto, sino que debía constituirse en un modelo de mayor alcance. Señalaba Darcy Ribeiro, «... que la ciudad universitaria no sea reflejo del desarrollo alcanzado por la sociedad, sino que sea ella misma un agente de aceleración del progreso global de la nación»⁹. Y dicho modelo debía manifestarse como paradigma de la modernidad, en tanto que sistema y contenido de la enseñanza, y también como ámbito físico.

Las condiciones externas que permiten dar explicación a la creación de estos ámbitos académicos se pueden resumir en los siguientes aspectos: aplicación de modelos de desarrollo económico industrial de sustitución de importaciones; formación de especialistas en disciplinas instrumentales, desplazamiento de la cultura humanístico-religiosa y formación cuadros dirigentes formados en la especializa-

ción científica y tecnológica; Universidad ligada a los procesos productivos; proceso de urbanización; salto cualitativo de la población urbana y requerimientos de servicios; inmigración de posguerra e inmigración interna.

El simulacro de la utopía

Afirmaba Baudrillard que el principio de equivalencia sustituye al principio de la utopía¹⁰. En primer término, sólo es posible concebir la simulación en el seno de lo real, es decir, la simulación debe realizarse, hacerse visible instalándose en el mundo material, quizás de manera más manifiesta y exacerbada que el objeto al cual se refiere, porque el enmascaramiento es una indicación, una llamada de atención acerca de la existencia de algo que se quiere señalar.

Las ciudades universitarias en latinoamérica están precedidas del modelo unitario de ciudad moderna, pero, a diferencia de los planes urbanos aplicados sobre los tejidos existentes, aquellas se realizan *in vitro* como en un laboratorio, donde la población estaba conformada por una rigurosa selección de edades que constituyen el sector más joven de la pirámide activa. Este genocidio teórico permite un comportamiento especial del simulacro, porque no existen las actividades complementarias y no resueltas de la ciudad real: las amas de casa, los niños, los viejos y la inevitable presencia de desocupados que caracterizan a las ciudades latinoamericanas. Era como un ejército dedicado a labores de enseñanza y aprendizaje, en donde la realidad del mundo sólo se presenta como objeto de estudio.

Con la instalación de las ciudades universitarias, la ciudad ya cuenta con un ojo vigilante en

su interior, o desde alguna prominencia que se muestra ejemplarizante. Por un lado con el Saber, concentrado fuera del circuito urbano cotidiano, y por el otro con un modelo de ciudad, así como el mismo Saber. Los planes urbanos modernos, violentados por realidades que no se podían controlar, tenían su realización en la ciudad universitaria. De esta manera se convertían en su simulacro, porque carecían de la dimensión utópica del plan urbano, destinado a modificar la ciudad existente; no actuaban sobre la ciudad sino que se oponían a ella, aislando física y legalmente todos los comportamientos urbanos reales. La contaminación del mundo real, expresada en términos de caos, hacían imposible toda aspiración de realización de la ciudad funcional. En las ciudades universitarias, en cambio, el orden fijado no se alteraba, porque allí se había operado una minuciosa selección de elementos de la complejidad urbana.

Los antecedentes de ciudades universitarias registradas en Latinoamérica a comienzos del siglo, entre las que se incluyen la pionera Universidad de Concepción de Chile, de 1921 y la de La Habana, de 1929, no pudieron sustraerse de la presencia de las ciudades donde se insertaron y, como antes hemos mencionado respecto de los ensanches, estas universidades constituyeron una inclusión modificadora dentro del tejido existente, como parte del ornato de una ciudad académica. En cambio, los casos que se analizan aquí son modernos, fueron experiencias realizadas como campo de experimentación de lo moderno, donde todo el universo visual era moderno y todo lo representado era una simulación que actuaba por oposición a la ciudad no-moderna, con sus conflictos y diversidades caóticas.

Podría decirse que actuaba por contraste. La «Acrópolis ateniense» universitaria no DEBE ser reproducida en la ciudad ni disuelta en ella, ya que de esta manera se constituye en un verdadero simulacro. La Universidad de nuevo cuño era radicalmente diferente a sus antecesoras, no solamente porque se proponía instalar el paradigma de la ciudad moderna, sino porque el humanismo jerárquico de la vieja universidad había sido sustituido para formar una nueva legión de estudiosos de disciplinas científico-técnicas. Es decir, el Saber, también fue moderno.

El simulacro de las ciudadelas del CIAM

Las Ciudades Universitarias se presentan como sustituto y negación de la ciudad real. Los simulacros intentan poner en juego un posible comportamiento real, y las ciudades universitarias proyectadas y realizadas en el continente configuran un escenario donde es posible advertir la aspiración funcionalista de un modelo en funcionamiento.

La oportunidad de intervenir con un sistema aislado y autónomo, como por espejo, ha sido efectivamente en las Ciudades Universitarias. Una puesta a prueba del simulacro urbano son los recintos de Río de Janeiro (1936), Tucumán (1947), Caracas (1944), México (1949) y Panamá (1946). La estructura vial, el Centro Cívico, la jerarquía de las funciones, las áreas recreativas y deportivas, y los edificios para la educación e investigación científica y tecnológica muestran la disposición de una ciudad racionalista, donde reinan la armonía y el orden.

Si el proyecto de la Ciudad Universitaria de Río, de Le Corbusier, se presentó en el tomo tres de su *Oeuvre Complète*, en el capítulo «*L'organisation des villes*», no cabían dudas acerca de cuál era su propósito. Intenciones éstas que han recorrido el continente en busca de la realización de la utopía moderna, pero que se detuvieron en el simulacro. En efecto, Carlos Lazo, a cuyo cargo estuvo la planificación de la Ciudad Universitaria de la UNAM enunciaba: «...el trasplante de la Universidad a la Ciudad Universitaria no podía tomarse como un mero traslado o como una simple realización arquitectónica o como un problema de técnicas de construcción. Había que plantear y que afrontar un problema de planificación que considerara los factores físicos, humanos, económicos, políticos. Porque a la postre, lo que iba a constituirse era una verdadera ciudad, una ciudad de la enseñanza y del saber...»¹¹. Esta intención de construir una «verdadera ciudad» se confirmaba en las aspiraciones de Mario Pani, que pensaba disponer de un terreno de reserva de 500 hectáreas adicionales para la construcción de viviendas «...como si se tratara de una ciudad, favoreciendo a personas ajenas a la Ciudad Universitaria, al eliminar a especulación del terreno...» Similares aspiraciones abrigaban los proyectistas de Tucumán, Caracas y Panamá.

Los ejemplos aquí seleccionados constituyen sólo indicados de un abanico más amplio, que incluye el proyecto de la Universidad de El Salvador, del arquitecto Karl Katstaller, de 1955: La Universidad de Santo Domingo, del arquitecto Caro Alvarez, de 1946, que entre otras más estaban destinadas a satisfacer el programa de modernización educativa en todo el continente¹².

Las ciudades universitarias de Río de Janeiro, Tucumán, Venezuela, México y Panamá constituyen ciudadelas modernas. Si bien estaban destinadas a ofrecer la formación de cuadros profesionales y adicionalmente prestar servicios a la comunidad, como los asistenciales, culturales y deportivos, por medio de hospitales, teatros y estadios, ellas encierran dentro de sí, una autonomía que no se refiere tanto al recinto del saber, en tanto que Campus, sino que se proponen como un modelo de ciudad moderna. La experimentación moderna del *zoning* ubicaba las áreas de trabajo y habitación en edificios homogéneos. Su apariencia parece liberar la búsqueda de cualidades en la regularidad de las facultades y residencias estudiantiles. En este último caso, el tipo recuerda a las intervenciones formales de la experiencia soviética, por el despojamiento de toda retórica familiar y de todos los servicios de la habitación occidental. Quizás esta comparación sea un eufemismo, ya que más bien parecen *garçonnières*, pero el modo de vida que se sugiere está determinado por un «trabajo» subvencionado y por un ocupante soltero, ya que estaban destinadas a los estudiantes del interior del país o que por lo menos no residían con sus familias. De este modo, conformaban un tipo habitacional más simplificado que el de las viviendas obreras de las *Siedlungen* alemanas.

Por otra parte, los ámbitos para el trabajo, expresados en las Facultades, consistían en edificios terciarios predominantemente de baja altura, de geometría rectangular y una disposición estructural que permitiera flexibilidad de planta. Sus fachadas principales, generalmente protegidas con *brise-soleil*, completan imágenes de gran regularidad, sin que la disci-

plina que lo alberga acuse diferencias particulares. Dicha «indiferencia» obedecía a la analogía del tipo terciario, en tanto que el Conocimiento se identificaba con el trabajo en la ciudad contemporánea. Si bien, en algunas Ciudades Universitarias existen ejemplos de pequeños rascacielos, la alternativa de edificios de baja altura, con gran ocupación del suelo y a la vez, bajo costo de operación y mantenimiento, usufructuaba dispendiosamente la disponibilidad de tierras en esta ciudadela.

La actividad cultural y deportiva cierra el programa del modelo racionalista con la ubicación de teatros, auditorios y estadios que, debido a las condiciones físicas, económicas y hasta políticas de cada caso en particular, podían ubicarse en el perímetro de la ciudadela, con el propósito de permitir accesos más inmediatos de la comunidad y de no afectar el desarrollo del sistema con elementos externos de la ciudad real. El carácter de recinto, separado por distancias, alturas, cercos y murallas, no impide que los Campus mantengan vinculaciones con la ciudad, en tanto que la población estudiantil o docente no reside en su totalidad en el interior del Campus, más bien constituye una minoría. El permanente transitar e intercomunicarse de empleados, profesores y estudiantes mantiene un flujo de continua información del acontecer urbano cotidiano. No obstante, el Hospital y el Estadio, como elementos necesarios dentro de la composición, son los elementos de la ciudadela que abren sus puertas a la masa de población de la ciudad real. En efecto, para enseñar medicina, es necesario un hospital general que incluya todas las especialidades y sus pacientes para las prácticas de la enseñanza y la experimentación médica, que

sólo la ciudad real puede proveer. La misma situación ocurre con el Estadio, donde el espectáculo se monta con la multitud. De este modo, es posible observar que ellos, salvo el caso de Tucumán, se ubican en los bordes de la ciudadela con el propósito de permitir un acceso inmediato sin que ello afecte su orden interno.

Estas ciudades gozaron del privilegio de ser proyectadas y realizadas en condiciones de partida envidiables: un solo equipo de proyectistas, una sola propiedad del suelo, terreno libre de preexistencias urbanas y autoridades nacionales dispuestas, con entusiasmo y orgullo, a construir su paradigma moderno. De este modo, la Nueva Universidad instalaba el programa funcional del *zoning*: Trabajo, Habitación, Esparcimiento, vinculados por medio de sistema de circulaciones en donde el peatón transita protegido bajo galerías, fuera del contacto inmediato con automóviles, disfrutando los escenarios vegetales de las jardinerías. En síntesis, por añadidura, la Ciudad Verde.

El corazón de la Ciudad

El VIII Congreso del CIAM celebrado en Hoddesden, en julio de 1951, quizás haya atendido por vez primera el tema del Corazón de la Ciudad, promovido por el grupo británico MARS (Modern Architecture Research Society), que ya anunciaba la crisis del nucleamiento que estalló en el CIAM de Aix-en-Provence, en 1953. Sin embargo, el tema del núcleo urbano había sido tocado frontalmente en Hoddesden. El repliegue británico hacia sus tradiciones urbanísticas, puesto de manifiesto en el CIAM IX de Bérgamo, en 1949, estaba respaldado por las intervenciones urbanísticas

y territoriales que habían desarrollado en el transcurso de la guerra, dentro de las urgencias de la reconstrucción y el Plan de Londres de Abrecrombie y la *New Towns Act* para ser aplicadas en cada ciudad inglesa.

José Luis Sert, en el prólogo del Corazón de las Ciudades, mencionaba que la ausencia de este tema en el debate, dominado hasta el momento por el problema de la reproductibilidad técnica, al decir de Walter Benjamin, obligaba a una reformulación. Citaba al grupo MARS: «...Se hace precisa la creación de un especial ambiente físico en el que pueda manifestarse de un modo concreto el sentido de la comunidad. Este es el corazón físico de la comunidad, su centro, su núcleo», ello para cada «grado» de agrupación, sea el barrio, el poblado, la ciudad o la metrópoli...».¹³

Sert agregaba: «En los centros de la comunidad, los peatones deberán ser protegidos de las temperaturas exteriores. Es curioso observar cómo las ciudades modernas han ignorado este importante factor (...) No obstante, resulta esperanzador el hecho de que en algunos centros comerciales construidos últimamente en los Estados Unidos se haya dado algún paso en la correcta dirección: se ha cuidado de proteger la circulación pedestre del tráfico y de la lluvia, y se ha procurado albergar con plantas y flores las zonas de comercios abiertos al público...».¹⁴ Y señalaba el cambio de rumbos: «La mayoría de los arquitectos modernos se han dado perfectamente cuenta de que ya ha acabado la época de la arquitectura racional, cuya única preocupación era la de limpiar de antiguallas las casas y expresar la función práctica. Hoy se tiende decididamente hacia una mayor libertad plástica, hacia un vocabulario

arquitectónico más completo. Por muy maravillosa que pueda ser la pura estructura ¿debemos olvidar que al esqueleto pueden añadirse carne y piel? La necesidad de lo superfluo es tan vieja como la humanidad...»¹⁵. Y finalmente, Le Corbusier, en su exposición: «El corazón como punto de reunión de las artes» reformulaba la dimensión estética reorientada en términos sociológicos: «El corazón como lugar de expresión de la vida».¹⁶ De esta manera, el tema del corazón quedaba institucionalizado, y las Ciudades Universitarias constituyen un valioso antecedente, puesto que son anteriores a este debate.

De la Acrópolis del Saber al Corazón de la Ciudad, se describe un arco de proposiciones ligadas al simulacro. Los Campus universitarios realizados en Latinoamérica ya disponían de estos corazones como núcleo fundacional de la ciudad: en él convergían tanto los edificios de «carácter», como la homogeneidad de las facultades y viviendas estudiantiles.

En el primer caso de estudio, la Ciudad Universitaria de Río de Janeiro, de 1936, Le Corbusier sacó provecho al ornato imperial de la corte de Don Pedro II. Las palmeras, importadas al Brasil, flanqueaban las calles y avenidas de la ciudad imperial, especialmente el Parque Boa Vista, el lugar donde se había destinado la sede de la nueva universidad. Las diez mil palmeras imperiales de las explanadas en el proyecto de Le Corbusier para Río de Janeiro, formaban una suerte de petrificación vegetal —a la manera de una sala hipóstila— que protegía con sus copas los rigores del clima y nucleaba en sus bordes una reproducción del proyecto del Palacio de los Soviets, con el Auditorio, el Museo de Crecimiento ilimitado y el rascacie-

los de la Biblioteca, elemento referencial que estaba presente en la *Cité des Affaires* de Argel. Este sistema organizativo había tenido su origen en el Mundaneum y se reinstalará posteriormente en el Centro Cívico de Saint Dié. Se trataba de un verdadero *collage* proyectual para la elaboración de un corazón de ciudad. El rechazo que tuvo Le Corbusier por parte de la comisión de profesores permitió a Lucio Costa, director del equipo brasileño, reelaborar ese mismo año un anteproyecto que tendrá un carácter notablemente distinto y por demás académico.

En el «centro cívico» de Tucumán se invierte la proposición de Le Corbusier con una representación vegetal del hormigón de la plaza rematada por un cobertizo diseñado con cáscaras cónicas y convexas, soportadas por columnas cada ocho metros aproximadamente, también a la manera de una sala hipóstila, bajo el cual se agrupan el Teatro, locales de exposiciones, Museo, Sala de Concierto y de entretenimientos, así como todos los servicios públicos y de abastecimiento. La diferencia respecto del proyecto lecorbusiano es que la totalidad del Centro Cívico se aloja bajo dichas cáscaras.

Entre el extremo aislamiento de la «explanada de las diez mil palmeras imperiales», hasta la máxima inclusión de actividades bajo la cubierta de Tucumán, se ubica la Plaza Cubierta de la UCV, con desinteresado carácter simbólico, y a diferencia de la plaza abierta que precede al edificio del rectorado, proporciona protección e incorpora los accesos al edificio del Rectorado, al Aula Magna y a la Biblioteca, en un ambiente rodeado por obras de arte modernas, murales y exentas que tienen su

punto de mayor equilibrio en el interior del Aula Magna, con las nubes de Calder. La búsqueda de alternativas que trascendieran la rigidez del programa académico original y proporcionaran una adecuada respuesta a las condiciones climáticas, encaminó los esfuerzos de Carlos Raúl Villanueva y su equipo para esbozar soluciones que concluyeron en la célebra plaza original: con esta solución, se disolvía la frontalidad académica del conjunto y el centro de actividad de la Ciudad Universitaria se alejó definitivamente de sus puntos de partida. La desarticulación académica de Villanueva se había dado inicio con la Escuela Técnica Industrial. Este edificio, primer testimonio de una nueva actitud tuvo su punto más estelar en el Aula Magna que, junto con la Plaza Cubierta, ha resultado una de las experiencias de integración artística más equilibradas y modernas del continente.

El trópico, mitificado hasta la exasperación, como un rasgo de buena parte del subcontinente latinoamericano, es sin embargo una condición ambiental que incluye a la mayor parte del planeta. En efecto, además de compartir la pobreza, esta franja central del planeta definida entre los 23,5° al sur y norte de la línea ecuatorial, tiene en común sus condiciones climáticas. Pero dicha característica señaló caminos de búsqueda identificatoria para la adaptación de una arquitectura que, siendo moderna, sea portadora de características locales. De este modo, plaza y circulaciones cubiertas fueron características que se han hecho presente con insistencia en estas experiencias latinoamericanas, como si actuar con sensatez fuera el sello de identidad de dicha arquitectura.

Si bien el trópico era una condición ambiental, condiciones culturales ejercieron suficiente fuerza en el proyecto de México como para resultar una plaza abierta con dimensiones comparables a los espacios ceremoniales precolombinos. Uno de los rasgos más notables de este complejo universitario ha sido el intento de hacer presente las características culturales de la tradición precolombina, puesta de manifiesto en tres situaciones: en las áreas destinadas a la actividad deportiva, deliberadamente separadas del campus por la Avenida Insurgentes, como ajena a la Universidad, del mismo modo que los frontones, en el sector Sur. Allí se utilizó la piedra volcánica del sitio para conformar masas murarias que evocaban las estructuras piramidales y los grandes volúmenes de los templos mixtecos de Monte Albán. Otro aspecto característico fue el muralismo de los artistas plásticos mexicanos, cuyos temas señalaban historia de continuidades, desde sus orígenes precolombinos hasta la revolución de 1910, en un intento de hacer presente, por medio del arte mural, los atributos de la raza y la cultura mexicana. Finalmente la escala, expresada en espacios abiertos de dimensiones poco corrientes en la cultura occidental. El corazón de esta Ciudad Universitaria es una amplia «cancha» de más de trescientos metros de largo, alrededor del cual se ubican el rectorado y la administración, el Aula Magna, la Biblioteca, el Museo del Arte y el Club Universitario, que se disgregaban frente a la escala de la plaza. Comentaban sus autores que: «Dada la importancia moral de la Rectoría, el proyecto coloca a ésta en una ubicación destacada; para la posición del Aula Magna, se toma en cuenta su doble función de servicio universitario y de servicio público;

procura alrededor de una plaza que los liga material y moralmente, el agrupamiento más íntimo posible entre las Escuelas e Institutos dedicados a las disciplinas de Humanidades, así como su inmediata relación con la Biblioteca Central». Es aquí donde el Saber humanístico es el que conforma el carácter de su corazón alrededor de la planicie de la Plaza.

En Panamá, en cambio, aun tratándose de un pequeño ejemplo, el núcleo central se ubica sobre la cima de una colina. Esta característica de prominencia lo relaciona con la Universidad de Tucumán y se constituye en una suerte de Acrópolis del Saber, como el recinto vigilante del universo monetario y caótico, ubicado al pie de la colina. En el terreno más prominente de la colina se ubicó la Biblioteca, un bloque de siete pisos —el más alto del conjunto— revestido en mármol travertino, provisto de «...un faro luminoso, como lo deseara el maestro Octavio Méndez Pereira, para anunciar a la comunidad la celebración de algún suceso extraordinario...»¹⁷. Este edificio, que posteriormente ha sido destinado totalmente a la Administración, estaba precedido de una gigantesca estatua de Cervantes que dominaba todo el conjunto universitario. El Rectorado y la Administración, integrados al edificio central, se decoraron con murales que habían sido contratados al artista brasileño Cândido Portinari.

En el Corazón se encuentra el opuesto necesario a la regularidad moderna. El carácter e identificación al conjunto se hacen presentes en los elementos que componen el núcleo central. Los edificios de las bibliotecas de Río de Janeiro, UCV, UNAM y Panamá, son los elementos simbólicos de referencia. La altura, dimensión

reservada a las bibliotecas, trascienden el perímetro de la ciudadela: su identificación física y el carácter simbólico del almacén de libros, recupera la significación del monasterio como reserva del conocimiento. De esta manera, la Universidad se identifica en la ciudad por medio del repositorio del Saber. La variedad de estas torres señalan las preocupaciones culturales de sus arquitectos. El rascacielos, conformado por un prisma que se transparenta en su sección media en el caso de Le Corbusier, es una solución excepcional: Juan O'Gorman cubre sus cuatro fachadas con murales polícromos referidos al conocimiento universal y a los orígenes precolombinos, en un intento de integración artística. Por otra parte, Villanueva descubre la construcción del prisma al dejar desnuda su estructura, contrastando fuertemente los muros de cerramiento rojos identificables a gran distancia. Finalmente, el equipo de R. Bermúdez-G. De Roux-O. Méndez Guardia no agrega rasgos particulares a la posición preminente de la biblioteca en la cima de la colina de El Cangrejo, visible desde cualquier punto de la ciudad: sólo un faro y un reloj adornan el almacén de libros. Los arquitectos aseguraban que: «...La Ciudad Universitaria toda constituye un vasto laboratorio de arquitectura contemporánea. Y así como esta última todavía tiene algo de experimental (sic), así estos edificios constituyen el primer intento de una adaptación de los principios de la nueva arquitectura a nuestro ambiente...».¹⁸ De todas maneras, el único detalle ambiental que distinguía a estas obras, de los innumerables ejemplos que poblaban las revistas norteamericanas era, en todo caso, el parasol.

Estos corazones de la ciudad, compuestos de plaza y las edificaciones emblemáticas de la

Universidad, son el centro de la vida académica y cultural, alrededor del cual se organiza el resto de las construcciones. Su jerarquía permite identificar la totalidad, que bien puede estar compuesta por diez o más edificios, circunstancia que no modifica su condición nuclear.

Conclusiones

De modo provisional, se podría arriesgar que estas ciudadelas, del mismo modo que los Centros Comerciales surgidos de la lógica mercantil, constituyen territorios que se sustraen al caos urbano, son simulaciones de la ciudad deseada que, actuando dentro del cuer-

po urbano, la sustituyen. Las Ciudades Universitarias anticiparon este proceso de sustitución, frente a la imposibilidad de orden urbano y, de la misma manera que la ciudad real, sólo el control de la población en el interior de estos organismos hizo posible su funcionamiento. En el momento de producirse un desequilibrio de la población estudiantil, como de hecho ocurrió en todos los casos, la magia del simulacro se disuelve. Por esta razón, las Ciudades Universitarias latinoamericanas tienen valor histórico, en tanto que CIAM realizado. De todas maneras, no es posible crear simulacros con las imperfecciones de la realidad, porque ellas actúan como su negación.

NOTAS:

¹ Del título Siete, Leyes I y VIII de la Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias «...y cuando hagan la planta del Lugar, repártanlo por sus plazas, calles, y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor, y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales, y dejando tanto compás abierto, que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma»... «La plaza mayor donde se ha de comenzar la población.... en forma de cuadro prolongado, que por lo menos tenga de largo una vez y media de su ancho, porque será, más a propósito para las fiestas a caballo, y otras: su grandeza proporcionada al número de vecinos, y teniendo en consideración a que las poblaciones pueden ir en aumento, no sea menos, que de doscientos pies en ancho y trescientos de largo, ni mayor de ochocientos pies de largo, y quinientos treinta y dos de ancho, y quedará de mediana y buena proporción, si fuere de seiscientos pies de largo, y cuatrocientos de ancho». Cit. en *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Madrid, Impresora de Dicho Real y Supremo Consejo, Tomo Segundo, Cuarta impresión, MDCCCLXXX, Libro III, pp. 21-221: «Los solares fabricables alrededor de la plaza principal no tienen que ser concedidos a privados, sino reservados, a la iglesia, las casas reales, los edificios municipales, las bodegas y las habitaciones de los comerciantes...» cit. por Benévolo, Leonardo, «Las nuevas ciudades fundadas en el siglo XVI en América Latina», en *Boletín del CIHE*. Caracas, Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Universidad Central de Venezuela, núm. 9, abril 1968, p. 128.

² Gasparini, Graziano: «La cuadrícula prehispánica: Forma urbana de conquista y organización territorial», en: *Boletín del CIHE*, Caracas, Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Universidad Central de Venezuela, núm. 27, diciembre 1986, pág. 78 y ss.

³ «En realidad la utopía tiene dos aspectos: por una parte representa la crítica de lo existente, por otra la propuesta de aquello que debería existir». Y su importancia estriba principalmente en el primer aspecto». Horkheimer, Max, en Neusüas, Amhelm, *Utopía*, Barcelona, Barral Editores, 1971. pág. 97.

⁴ La noción de Utopía, en tanto que aspiración transformadora, se opone a la existencia real, *de facto*. Ver: Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967, pág. 180. De hecho, una existencia real manifestada en Latinoamérica, fue el programa liberal civilizatorio de mediados del siglo XIX.

⁵ Hayden, Dolores, *Seven American Utopias*, Cambridge, The MIT Press, 1979.

⁶ Tafuri, Manfredo, «Para una crítica de la ideología arquitectónica», en *De la Vanguardia a la Metrópoli*, Barcelona, ed. G. Gill, 1972, pág. 58 y ss.

⁷ Holford, William, «Planning Today», *Architectural Design*, June 1957, p. 186.

⁸ Ante el fracaso del Plan de Buenos Aires, Le Corbusier escribía a Ferrari Hardy: «Reclamo simplemente el mínimo de reconocimiento por el trabajo ejecutado...», también se quejó de la pérdida

del proyecto para la Ciudad Universitaria de Río de Janeiro y el destino del plan para esa misma ciudad.

⁹ Ribeiro, Dancy, *La Universidad Latinoamericana*, Caracas, ediciones Universidad Central de Venezuela, 1971, pág. 27.

¹⁰ Baudrillard, Jean, *Cultura y Simulacro*, Barcelona, Kairós, 1978, pág. 17.

¹¹ Lazo, Carlos, *Programa de Gobierno*, México, ed. Iturbide, 1952, s/f.

¹² Grijalba, Gonzalo Abad, «La nueva Universidad Latinoamericana», en *Revista Conesca*, núm. 4, agosto 1966.

¹³ Cit. en *El Corazón de la Ciudad*, Barcelona, Editorial Científico-Médica, 1961, pág. 6.

¹⁴ *Ibidem*, pág. 11.

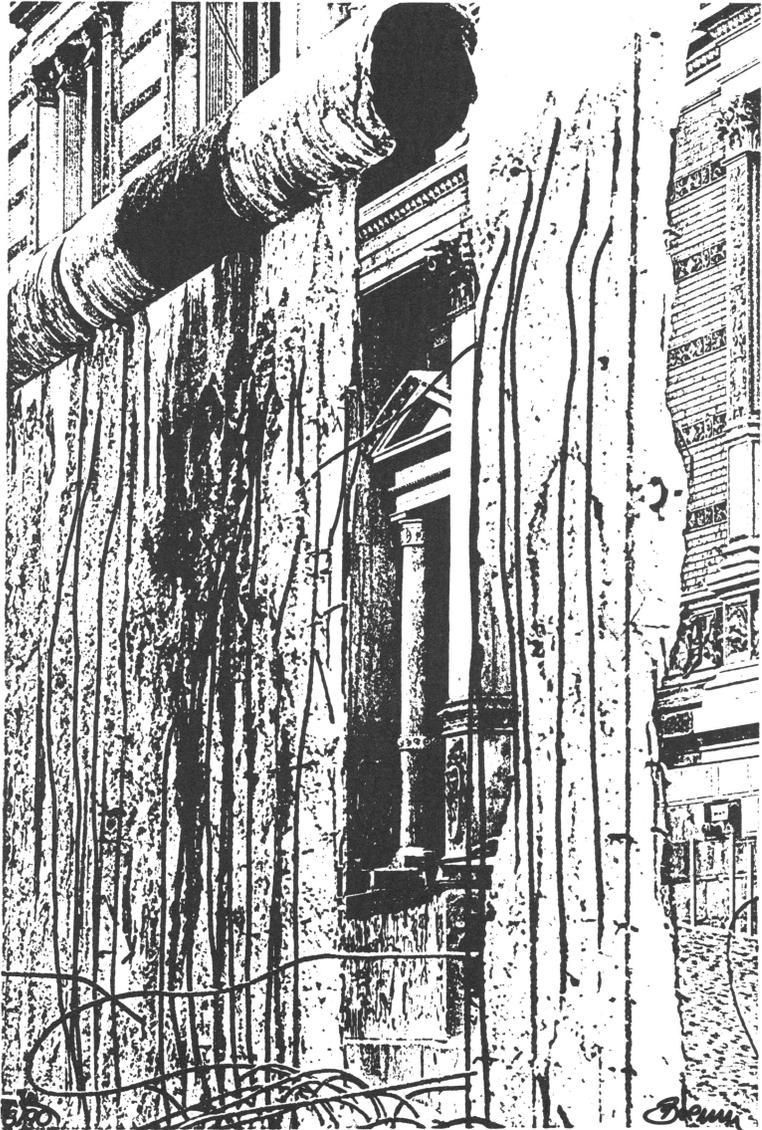
¹⁵ *Ibidem*, pág. 14.

¹⁶ *Ibidem*, pág. 41.

¹⁷ Gutiérrez, Samuel A., *Arquitectura Actual de Panamá, 1930-1980*, Panamá, 1980, pág. 60.

¹⁸ Ver, *Revista Módulo*, Panamá, núm. 7, diciembre 1951, pág. 4.





Fragmento del muro de Berlín. 1992 (Foto W. Brene).